



# ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -  
Córdoba - Argentina



*Córdoba, domingo 1 de febrero de 2026*

## **HOMILIA ANGEL ROSSI SJ MISA RADIAL 4to. DOMINGO CICLO A**

Las bienaventuranzas se dice que contienen la carta de identidad del cristiano. Es nuestro carnet de identidad, porque dibujan el rostro de Jesús, su forma de vida. Decía el Papa Francisco, ¿cómo se hace para ser un buen cristiano? Y la respuesta es sencilla.

Es necesario hacer lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. Es interesante, por otro lado, ponderar el contexto en que Jesús, digamos, proclama las bienaventuranzas. Jesús viendo a la multitud que le seguía, sube al monte que rodea el lago de Galilea, se sienta, y dirigiéndose a sus discípulos, anuncia las bienaventuranzas.

El mensaje, pues, se dirige a los discípulos, pero en el horizonte están las multitudes, es decir, toda la humanidad. Es un mensaje para toda la humanidad. Jesús le habla a la gente sencilla.

Decía el Padre Fares, eran las familias del pueblo, las mamás que salieron con sus hijos y su hija a ver si Jesús las bendecía. Eran los hombres con sus hijos que estaban trabajando en su campito. Dejaron el arado y se fueron con sus compañeros a escuchar a Jesús.

Eran los viejos, dicho cariñosamente, que estaban sentados a la puerta de su casa y les decían a todos que estaba bien ir a escuchar al rabí, al maestro. Y, por supuesto, en primera fila estaban los mendigos que habían ido todos, y los enfermos, los que el Señor había curado y los que tenían la esperanza de hacerse curar. Los que no pretenden, ni pretendían mucho para sí, sino sólo poder estar sanos para poder trabajar por su familia.

Gente que sabía lo que es el dolor y la lucha. Que vivían en un tiempo y una tierra duros. Que sabían que si faltaba la lluvia sería imposible la siembra y vendría un año de hambre.

Y todo el contexto social. Gente que sufrían la sombra del invasor romano. Que vivían en la opresión.

Que se sabían de los impuestos, rodeados de corruptos dispuestos a arrebatarles sin pudor gran parte de la cosecha o de la pesca. En ese contexto, Jesús empieza a enseñar una nueva ley. Ser pobre, ser manso, ser misericordioso.

Son mucho más que normas. De hecho, Jesús no impone nada, pero revela el camino hacia la felicidad. Su camino, repitiendo ocho veces la palabra bienaventurados.

¿Pero qué significa bienaventurados? Significa feliz. Algún autor le llama a esto las ocho locuras de



## ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -  
Córdoba - Argentina



Cristo, ¿no? Feliz, o sea, no aquel que tiene el estómago lleno o vive de la frivolidad y la pavada. Sino una persona que progresa en el camino de Dios.

Camino de la paciencia, de la pobreza, del servicio a los demás, del consuelo a los que sufren. Los que progresan en estas cosas son felices y serán bienaventurados. Dios, para entregarse a nosotros, para llegar a nuestro corazón, nos sale al paso por caminos impensables.

El camino de nuestros límites, el camino de nuestras lágrimas, de nuestras derrotas. Las bienaventuranzas te llevan a la alegría siempre. Son el camino para alcanzar la alegría.

Pero es una alegría pascual. No es una alegría ingenua. Es una alegría que pasó por la cruz.

Es una felicidad con estigmas. La felicidad de la bienaventuranza es paradójica. Porque no consistirá en abundancia, ni en el triunfo, ni en la gloria.

Que, por supuesto, son las bienaventuranzas del mundo. Uno escucha la bienaventuranza y piensa en el mundo que nos toca vivir. Todo lo contrario de las bienaventuranzas del mundo, de lo que nos toca vivir.

Y de nuestro mundo, también el mundo de nuestro propio corazón. Sino una felicidad que sabrá de pobreza, que sabrá de hambre, que sabrá de persecución. Cabo de Villa, al referirse a esta dimensión paradójica de las bienaventuranzas, dice o decía, las bienaventuranzas son como una canasta llena de alacranes.

Un látigo de ocho brazos. Ocho cuchillos. Ocho granos de sal capaces de sazonar el mundo.

Ocho palomas furiosas. Ocho campanas repicando sin cesar en la noche. Son ocho espejos que revelan nuestra verdadera imagen de hombres ricos y misericordiosos, violentos, injustos, impuros de corazón.

Pero, y son también, paradójicamente, como ocho panes. Como un manto para el mendigo. Son miel, son brisa en las horas de fuego.

La bienaventuranza se trata de una página portentosa, incandescente, a la que nadie debería acercarse sin antes quitarse las sandalias. Bienaventurados. Felices.

Pero uno piensa, ¿cuánto daño ha hecho este planteo que a veces tenemos de que este mundo es todo amargura, a la espera de esa felicidad que vendrá después del otro lado, después de la muerte, no? Cristo nunca pintó el mundo como un mal sitio, por el que no hay más remedio que cruzar. Dijo, como es evidente, que la gran felicidad completa está en el otro lado, en el cielo. Pero Jesús nunca negó que



## ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -  
Córdoba - Argentina



aquí estuvieran ya las raíces, y bien hermosas, de esa felicidad que se planificará del otro lado, pero que se estrena de este lado.

Una felicidad de la cual somos protagonistas. Nosotros somos felices y hacemos, junto con Dios, tratamos de hacer felices a los demás. Una felicidad anticipada, que depende de lo que hagamos nosotros con nuestros prójimos también, ¿no? Fíjense, pensando a veces en nosotros, a veces pareciera que el cristianismo está enojado con la felicidad, como si tener fe y ser cristiano fuera algo triste, melancólico, cabizbajo, doliente, apesadumbrado.

A veces una religión nostálgica, agusta, agria, seria, que soporta todo con cruda resignación, como si la felicidad fuera un insulto de superficialidad y de liviandad. Hay cristianos a los cuales nunca se los ve sonreír, decía el Papa Francisco, que no hay alegría, no son festivos, celebrando las ganas de vivir y de profesar la fe, pareciera que tenerlo a Dios fuera entrar en un túnel sombrío y frío, oscuro y extraño. Tendremos que convencernos que una de las claves está precisamente en no renunciar o ignorar los trozos de felicidad que poseemos por pasarnos la vida a veces soñando o esperando la felicidad eterna.

El desafío es saber disfrutar lo que hoy tenemos entre manos, ¿no? Siempre recuerdo aquello de Borges, ¿no? En la poesía de los dones, dice, de hambre y de sed muere un hombre al lado de la fuente, dice Borges, ¿no? Se lo pone en un contexto de su vida, lo nombran director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y simultáneamente queda ciego, ¿eh? Y entonces dice, de hambre y de sed muere un hombre al lado de la fuente. De una ciudad de libros hiciste dueño a unos ojos sin luz, ¿eh? De hambre y de sed muere un hombre al lado de la fuente. Pero esto que dice Borges también sirve para la vida espiritual.

A veces tenemos lo suficiente para estar contentos, para estar felices y no lo disfrutamos, ¿eh? Es como que nos morimos de sed al lado de la posibilidad de estar felices, quizás no la felicidad del cielo, pero era suficiente para estar contentos y para poner contentos los que Dios puso al lado nuestro, ¿no? Por otro lado está claro que las bienaventuranzas se oponen a las normas de vida y a la jerarquía de los valores del hombre de hoy, ¿no? Un programa de santidad que ciertamente, decía el Papa Francisco, va a contracorriente respecto a la mentalidad del mundo, ¿no? Al apetito de riquezas, Jesús opone la pobreza. A los instintos de fuerza, de violencia, de dominación de los demás, Jesús opone la mansedumbre. Al hambre de autoafirmación y de sed de disfrutar, Jesús presenta el hambre y la sed de justicia.

A la dureza del corazón, Jesús presenta la misericordia. A la susceptibilidad y a la inclinación al conflicto, al espíritu de venganza, Jesús nos invita a un espíritu de paz, a un espíritu de diálogo. En definitiva, las bienaventuranzas son el retrato de Jesús, su forma de vida.

Jesús es el bienaventurado. No hay ninguna de las bienaventuranzas que no hayan pasado por el



## ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -  
Córdoba - Argentina



corazón y por la vida de Jesús, y nosotros lo seguimos a Él. No es menos el discípulo que el maestro.

Si a Él le tocó vivir esto, si queremos ser cristianos, habrá que aceptar pasar por ello. Es decir, Jesús es el bienaventurado. Jesús fue pobre, material y de espíritu.

No tenía, dice, dónde reclinar la cabeza. Nació pobre, fue reconocido y seguido por los pobres, vivió como un trabajador, murió desnudo y murió en sepulcro, y sepultado en un sepulcro prestado. Jesús fue manso, una mansedumbre, que es una fortaleza que se expresa dulcemente.

La dulzura de Jesús cautivaba a sus amigos y su fortaleza aterraba a sus enemigos. Los enfermos lo buscaban, los pecadores se sentían acogidos, perdonados. Jesús conoció las lágrimas, lloró por Jerusalén, lloró por la dureza de quienes no lo querían, lloró la muerte de su amigo Lázaro, lloró lágrimas de sangre en el huerto de los Olivos.

Jesús tuvo hambre y tuvo sed de justicia. Las últimas palabras de Jesús en la cruz, esa que está allí al lado de la cruz, que las monjas de la Madre Teresa lo ponen en cada uno de sus capillitas al costado. Tengo sed.

Son las últimas palabras de Jesús. Tengo sed. Sed de amor, sed del corazón nuestro, sed de misericordia.

Tengo sed. Jesús en la cruz gritaría de sed. Jesús fue misericordioso.

Jesús es el padre del hijo pródigo, es el pastor angustiado por la oveja perdida. Todos sus milagros brotan de la misericordia. Jesús era limpio de corazón, era la pureza y la verdad encarnadas.

Era la paz. Vino a reparar la grieta belicosa que había entre Dios y la humanidad. Y al despedirse dijo, la paz les dejo, mi paz les doy.

Y Jesús fue perseguido por causa de la justicia. Era demasiado sincero, era demasiado honesto para que sus contemporáneos pudieran soportarlos, y murió. Ciertamente que las Bienaventuranzas, uno las escucha y suena locura, suena algo que no supera, suena casi algo imposible.

Se dice que es algo difícil, pero posible y necesario. Uno piensa que qué oportuno, qué interpelante es este relato del anuncio de las Bienaventuranzas en este mundo loco de la violencia, de la guerra, del dominio del más fuerte. Y entre nosotros también, en nuestra patria, en estos tiempos que estamos discutiendo la baja de la edad de inimputabilidad de los jóvenes por delitos ciertamente muy duros, que por supuesto naturalmente e instintivamente uno tiende a castigar, tiende a excluirlos, tiende incluso a desear matarlos, siendo medio fuerte la frase.



## ARZOBISPADO DE CÓRDOBA

Av. H. Yrigoyen 98 - Tel/Fax 4221015 X5000JHN -  
Córdoba - Argentina



Pero al margen de eso, al margen de lo que uno piense, es triste ver que tenemos que llegar a nuestros jóvenes a través del castigo y llegar tarde. Es muy triste ver que frente al fracaso de lo que no supimos cuidar, contener, educar, la única respuesta que se propone es más pena, más encierro, más dolor. Es triste tener que castigar en vez de contener, tener que encadenar en vez de abrazar.

Es triste proponer como solución una celda y no un aula, no una canchita de fútbol en el club o en nuestra parroquia. Con mucha sabiduría me parece este doctor catamarqueño, Morabito, decía el derecho penal no repara lo que el Estado, la sociedad, la iglesia no supimos cuidar a tiempo. Es más fácil, por otro lado, y menos riesgoso criminalizar a las víctimas jóvenes y no a los adultos inescrupulosos responsables, muchos de ellos, de esta miseria.

Negocio de las drogas, de la trata y quizás menos grave, pero no menos serio, la permisividad de las apuestas de los niños, de los jóvenes, de las apuestas online, del juego para salvar ciertos clubes. El castigo no sustituye a la presencia estatal y nuestra que faltó cuando aún había margen para prevenir. Proteger a la sociedad no es sólo sancionar, sino evitar que el daño ocurra.

Es intervenir antes, acompañar antes, sostener antes. Es estar presentes cuando todavía había algo para salvar. En fin, el Señor nos conceda en este relato de las bienaventuranzas, como decíamos al comienzo, entre las bienaventuranzas uno tiene que descalzar el alma.

Nadie se presenta frente a las bienaventuranzas tan holgaditos, sino que estamos frente a las exigencias más fuertes y más hermosas del Evangelio, que justamente está primereada por el desafío de ser felices. Los cristianos tenemos la obligación de la felicidad y tenemos la obligación de ayudar a ser felices a los que Dios puso al lado nuestro. El Señor nos concede esta gracia, le llamamos a la Virgen, le llamamos a la Bienaventurada Virgen María.

Ella encarnó con lo más parecido al corazoncito de Jesús. Ella, como nadie, supo de todas estas cosas que vivió Jesús. Supo de soledad, supo de lágrimas al pie de la cruz, supo de desprecio, supo, en fin, no hay ningún sentimiento de Jesús que la Virgen no lo haya acompañado maternalmente y bien de cerquita, como también ella nos acompaña a nosotros y ella también maternalmente nos dice queridos hijos, sean felices, sean felices y hagan felices a sus hermanos.

Que así sea.